

P. Mauro- Giuseppe Lepori OCist

## Ser libre es tener el corazón cautivo

### La paradoja cristiana

Ante el tema de esta edición del *Meeting Lisboa*, me he sentido un poco desorientado, como un músico que tiene que tocar o dirigir un concierto, pero al que se le da una partitura cuyas páginas están en desorden, y el músico se pregunta: Pero ¿desde dónde tengo que comenzar este concierto? La página de la libertad, la página del corazón, la página de la pertenencia, ¿cómo componerlas para que pueda ser interpretada la gran sinfonía del misterio del hombre?

En efecto, este tema expresa la paradoja cristiana que consigue hacer coincidir lo que al hombre le parece opuesto, es decir lo que al hombre le parece en contradicción. En el cristianismo todo es armonía de los opuestos, porque el cristianismo se funda sobre la coincidencia de lo imposible, de lo impensable, de lo inconcebible, y para muchos de lo inaceptable, entre Dios y el hombre, entre el Creador y la criatura, en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, en Cristo en el que todo ha sido creado y que viene para habitar dentro de la creación, que viene para ser “hecho carne”, creado como hombre, sin perder su ser eterno “generado, no creado, de la misma sustancia del Padre” (*Credo*).

San Juan, en el prólogo de su Evangelio, continúa repitiendo y volviendo una y otra vez sobre esta paradoja: “La luz brilla en las tinieblas... Estaba en el mundo y el mundo fue hecho por medio de Él... ¡Y el Verbo se hizo carne!” (Jn 1, 5.10.14)

### No reducir el misterio del hombre

Ahora bien, el misterio que no puede ser reducido en Cristo, el misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que permanece en Él siempre como misterio activo, presente, irreductible, se refleja como misterio en su Cuerpo que es la Iglesia, y en cierto sentido en la humanidad de la Iglesia esto se hace aún más sensible como misterio. ¡Qué misterio, que Dios se haya hecho hombre! Pero ¡qué misterio aún más increíble su presencia y acción divina en la humanidad eclesial, en los pecadores que el misterio convierte en miembros de su Cuerpo divino!

El misterio de Cristo, el misterio que es Cristo, se refleja realmente en el hombre, y esto hace de nuestra humanidad una realidad revelada a sí misma por la paradoja que se encuentra al encarnar. Y aquí es donde hallamos nuestro tema: *Ser libre es tener el corazón cautivo*. Esto refleja en nuestra humanidad, en nuestra experiencia humana, cotidiana, elemental, el misterio de Cristo, que viene a revelarnos el misterio del hombre.

Como leemos en la *Gaudium et spes*: “En realidad el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (Rom 5, 14) es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (*Gaudium et spes*, 22).

El misterio del Verbo encarnado, el Verbo encarnado como misterio irreductible, se refleja en el hombre, total y ontológicamente dependiente del misterio de Cristo del que es imagen. Esto quiere decir que sin la luz verdadera de Cristo, sin la luz del Verbo encarnado, el hombre no puede comprenderse a sí mismo, a sí mismo como misterio, no puede vislumbrar en sí el misterio, y por lo tanto, no sabe quién es, no sabe por qué existe, cuál es su vocación como hombre, no sabe para qué ha sido llamado, qué sentido tiene ser hombre, vivir una vida humana, tener un corazón humano.

Por esto, solo el cristianismo resuelve la paradoja de la vida humana, de la condición humana, del corazón humano, sin censurar la paradoja misma, sin tener que eliminar o anestesiar uno de los polos de tensión que lo constituyen, sin censurar el drama de la contradicción del que Cristo es signo. Entrando en el mundo humano como verdadero Dios y verdadero hombre, Jesús es un signo de contradicción que resuelve la contradicción de lo humano solo con su presencia: “Éste está aquí para que muchos en Israel caigan y se levanten, como signo de contradicción (...) de modo que se revelen los pensamientos de muchos corazones” (Lc 2, 34-35).

### **La provocación esencial de Cristo**

Por esto, el tema de este *Meeting*, toca un punto neurálgico y vital para la humanidad de hoy en día, en cualquier lugar donde viva, ame, trabaje, goce o sufra. Porque se trata ante todo de no censurar el corazón, su sed de libertad, la petición de libertad que el corazón es.

Y es precisamente esto lo que Jesús ha venido para poner en evidencia, con toda su vida, su predicación, en todos los encuentros en los que ha expresado el significado de su presencia. Es como si en todo, Cristo expresase una provocación esencial: “¡Estad atentos a vuestro corazón y a su necesidad de libertad!”. Es como si dijese a todos, como si revelase: “Mira que no tienes necesidad de riquezas, de poder, de placeres con fin en sí mismos; no solo necesitas pan, ni siquiera necesitas solamente a tu mujer o a tu marido, o a tus hijos, y ni siquiera tienes necesidad de ser religiosamente perfecto. Tú necesitas tener un corazón libre, verdaderamente libre. ¡Tú eres deseo de libertad, porque tu corazón es sed de libertad!”

Jesús no ha venido a “revelar los pensamientos de muchos corazones” (cf. Lc 2, 35) solo para manifestar su clarividencia y que Él es el Señor del corazón del hombre. No ha venido solo para desenmascarar nuestra miseria interior. ¿Para qué nos serviría esto? Jesús ha venido para revelarnos la profunda belleza del corazón humano, la belleza que ni siquiera el pecado puede destruir o eliminar: la belleza de nuestro corazón hecho para el infinito, lleno de anhelos de aquello que el mundo no puede dar, de aquello que el mundo no puede ser. Un solo corazón humano vale más que el mundo entero porque desea infinitamente más que el mundo entero.

La cultura moderna no ha renegado tanto de Cristo que enseña la verdad, con los valores y derechos humanos fundamentales. La cultura moderna ha renegado de Cristo que revela al hombre la naturaleza de su corazón, de Cristo que contradice la negación que el corazón humano hace de sí mismo, de su deseo, y por lo tanto de su alegría, de su vocación a la libertad, y por lo tanto, de su capacidad de amar.

Si ha negado, censurado, menospreciado al Jesús que revela a Nicodemo que su corazón no solo desea su legalismo timorato, que revela a la Samaritana que su corazón no solo desea maridos, de Cristo que recuerda al paralítico, al ciego de nacimiento, al leproso, que su corazón no desea solo la curación.

## La gran disociación

Pero en el acto de revelar la verdadera exigencia del corazón, en el acto de suscitar, de resucitar en el encuentro con Él el deseo profundo del corazón, Jesús revela una realidad aún más contradictoria, más dramática, la realidad que de hecho conduce al hombre a censurar su propio corazón. En efecto, revela que el deseo del corazón, la sed de libertad, de amor, de belleza, de verdad, que el corazón es, *el hombre no puede satisfacerla por sí solo*. El hombre es incapaz de satisfacer la sed de su propio corazón. Emprende todo, vive todo, movido por ella, impulsado por ella, pero se encuentra siempre como un Don Quijote que parte para una campaña imposible, irreal, absurda. Es decir, el hombre experimenta el hecho de ser enviado por su propio corazón a cumplir una misión imposible, que el hombre antes o después define como absurda, y por lo tanto, se encuentra definiendo como absurdo e inexistente al mandatario de esta misión, su mismo corazón. En otras palabras, el hombre enviado a la aventura de la vida, como un caballero solitario, a combatir para conquistar lo que exige el corazón, se encuentra contradicho por un corazón que, ante todo trofeo de guerra que el hombre le lleva, se muestra desilusionado, inexorablemente insatisfecho. “¡No es esto lo que deseo, no es esto lo que clamo, no es esta la libertad que anhelo! ¡Vuelve a luchar o no vuelvas más!”

Y en efecto, antes o después es como si el hombre no volviese ya a su exigente corazón, a su corazón no contento con nada, como un niño caprichoso o un viejo gruñón. Como mucho, vuelve a él solamente para arrojarle el trofeo de guerra ganado más fácilmente, o la primera presa de caza que le ha venido a mano. Se lo tira y no se detiene a escuchar las reacciones del corazón, sus juicios, su insatisfacción: “¡Conténtate con esto y calla!”

Y efectivamente, a la larga, el corazón humano calla, sufre en silencio, frustrado, vacío, infeliz. Y se crea la gran disociación, el gran abismo de la experiencia humana, *el gran divorcio entre el corazón y la vida*, entre las exigencias del corazón y las conquistas de la vida, entre aquello que el corazón desea y aquello en lo que la vida se considera satisfecha, realizada. El corazón humano es como una mujer que desea un gran amor y no recibe del marido más que dinero, vestidos, joyas, vacaciones y placeres sexuales, pero jamás un momento de atención a sus profundas exigencias afectivas.

## Venid a mí

Ahora bien: a este corazón desilusionado es al que se acerca Cristo, es sobre este corazón sobre el que se inclina Cristo. Como aquel día que, aun estando cansado del viaje, hambriento y sediento, se ha inclinado sobre las verdaderas exigencias del corazón de la mujer de Samaria junto al pozo de Jacob (cf. Jn 4, 6ss). Estaba solo, no tanto porque los discípulos se habían ido a comprar algo de comer en la ciudad, sino porque solo Él puede y sabe inclinarse con ternura sobre el corazón humano, desilusionado de su propia vida, dividido de su propia vida.

¿Y qué dice Cristo a este corazón?

En el fondo, le dice una verdad bien sencilla, que cualquier niño comprendería por instinto. Le dice: “Por ti mismo no puedes, pero si te dejas ayudar, si acoges mi ayuda, mi amor, lo que deseas te será dado. Yo he venido para hacer coincidir tu profunda sed de libertad con la realidad de tu vida. ¿Y cómo las hago coincidir? Dándote un amor, transformando tu libertad en acogida de un amor que puede amar toda tu vida. He venido a liberar tu libertad con un amor imposible, divino, *mi* amor, para que ya nada en tu vida ni en la vida de los demás pueda contradecir tu sed infinita. No será ya la vida la que tenga que responder a tu sed de infinito, sino que serás tú, conmigo, en mí, a través de mí, el que responderás a tu vida, y a todo y a todos en tu vida, con la libertad infinita de un amor gratuito ¡sin retorno!”.

En palabras evangélicas: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30).

El corazón cansado y agobiado del hombre, cansado de anhelar una libertad que no consigue nunca, que siempre está mortificada y oprimida por la competencia de los demás, cansado y agobiado también y sobre todo de sí mismo, por sí mismo, por sus pretensiones hacia sí, este corazón, Cristo lo va a buscar, lo alcanza, se inclina sobre él, desciende en él hasta las prisiones más profundas de lo humano: el pecado y la muerte. Cristo penetra en las profundidades extremas del corazón perdido, prisionero de sí mismo, de todos y de todo, prisionero en todo aquello que el hombre vive, prisionero en el vivir la alegría y el dolor, el trabajo y el descanso, prisionero en el vivir el amor, la afectividad, prisionero en el vivir la religiosidad, en definitiva, prisionero en el vivir toda la realidad, pero también en el vivir sus sueños, sus ilusiones, todo. Cuando Jesucristo desciende hasta el fondo de los infiernos, en el misterio del Sábado Santo, y toma de la mano a Adán, es el corazón humano incapaz de liberarse, de ser libre, de vivir con libertad, al que levanta de lo profundo de su miseria abismal.

### **¿Quieres ser libre?**

¿Pero entendéis qué sucede cuando Cristo encuentra el corazón cansado y agobiado del hombre, el corazón prisionero del hombre? ¿Comprendéis lo que hace para liberarlo, para satisfacer finalmente su sed de libertad?

“Venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré”.

La irrupción de Dios en la libertad prisionera del hombre es de una delicadeza extrema. Porque en el mismo acto con el que Jesús pregunta al corazón si quiere ser liberado por Él, en el mismo acto de esta invitación, en la provocación de esta invitación llena de ternura, diría casi de timidez, en el acto mismo de presentar al hombre esta interrogación –“¿Quieres ser liberado de tu opresión? ¿Quieres ser liberado por mí? ¿Quieres ser libre conmigo?”–, es precisamente en esto donde se ofrece al corazón la libertad, donde es propuesta la liberación. Si dice que sí, si acoge la invitación, al corazón se le da inmediatamente el recuperar su libertad.

Jesús no irrumpe en la vida gritando: ¡Yo te libero! ¡Yo soy el libertador! Sino que se presenta en el umbral del corazón del hombre, llama a su puerta, susurrando con mansedumbre y humildad de corazón la invitación a su liberación.

En cuanto un corazón Le responde: “¡Sí, libérame! ¡Sí, quiero ser libre, deseo ser liberado por Ti! ¡Sí, vengo a Ti para no estar ya agobiado, para ser libre de verdad!”, ahora bien, justamente en esta respuesta, precisamente en este sí deseoso de liberación, el corazón vive inmediatamente la experiencia de la libertad, de la verdadera libertad. Respondiendo a Cristo, a la invitación del Eterno, el corazón se encuentra escogiendo una libertad infinita, como la Virgen María con el sí de la Anunciación.

Porque ya esta respuesta, este sí, este deseo de libertad confiado y entregado a Cristo, puesto en sus manos, confiado a su Corazón, esto es ya la libertad que el corazón desea, la libertad imposible a la que aspira el corazón, la libertad de decir sí al infinito del que está sediento el corazón.

E inmediatamente, *¡inmediatamente!*, se concede al corazón del hombre comprender la libertad, conocer qué es la libertad. *La libertad es una liberación*, es ser liberado por Otro. Y por tanto, *la libertad es un don*, el don de Otro, el don del único que nos puede liberar, del único que puede darnos y volver a darnos la libertad, la verdadera libertad.

La libertad no es una realidad abstracta, una entidad autónoma. La libertad no puede ser libre en sí misma. La libertad se juega dentro de un don interpersonal. La libertad existe si alguien me libera ahora, si alguien me la da ahora.

El Autor de la libertad, el Dador de la libertad, Aquel que ha dado al hombre la libertad desde el origen, recrea en nosotros la libertad preguntando al corazón prisionero si la desea de Él, si desea este don de Él ahora. Nada es más libre que la acogida o el rechazo de un don que ya se nos ha hecho. Nada es más libre que el sí o el no a la invitación de ir con Quien ha venido ya hasta nosotros.

Es algo similar al caso del paralítico de la piscina de Betesda. Jesús le pregunta: “¿Quieres curarte?” (Jn 5, 6). “¿¡Qué pregunta!? ¡Imagínate si no voy a querer curarme! ¡Imagínate si puedo no querer curarme! ¿Por qué me lo preguntas?”

Jesús habría podido responderle: “Sé que quieres curarte, pero te planteo la pregunta para que tú comprendas que no te hablo solo de tu curación en abstracto, sino de la curación que quiero y puedo darte yo. No te pregunto simplemente si quieres curarte, sino si quieres curarte gracias a mí, conmigo, en relación a mí que estoy aquí hablándote”. Y de repente, el verdadero problema para el paralítico no es el de llegar a la piscina para curarse, o de que haya alguien que lo lleve allí cuando el agua se agita. El problema para él no es ya una libertad condicionada por otro o por otros, no es ya la libertad de los demás. Ahora todo depende de su libertad, de la libertad de su corazón, porque la salvación, la curación ha venido hasta él y le pide permiso para cambiar su vida.

En el fondo, lo que Cristo quiere curar, en todos y a través de todo, es la libertad misma, la libertad de abrirse al don de Dios que se le ha dado ya. La gracia del corazón libre abre a todas las gracias. Quien acepta ser libre a través de la liberación obrada por Jesús, se hace libre para todo, incluso para lo imposible, porque quien se deja conceder por Dios la libertad, acoge todo, permite a Dios darle todo, incluso la fuerza y la fe para morir por Él, con Él y como Él. “Si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres” (Jn 8, 36).

## **Un corazón pobre**

Sí, la libertad quiere decir tener un corazón cautivo, aferrado por una presencia que nos libera ahora, aquí.

Cuando Jesús dice: “Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera”, no debemos pensar en el yugo como en un peso que oprime, sino como en un instrumento, y por lo tanto para nosotros el símbolo, de una obra en común.

La etimología de “yugo” nos lleva al verbo “conjuguar”. Es como si Jesús nos dijese: “¡Trabajad conmigo, colaborad conmigo, no obréis vosotros solos, sino deaos ayudar por mí que trabajo con vosotros y por vosotros!”

Por esto, Cristo dice que su yugo es más suave y ligero que el trabajo que pretendemos hacer por nosotros mismos. Cuando observo en Etiopía los bueyes uncidos que aran la tierra, la escena me hace siempre meditar; primero porque pienso que son escenas parecidas a las que veía Jesús, pero después por la fuerza simbólica de la escena misma. El yugo, idealmente, forma una cruz con el arado, que en aquellos lugares es también de madera. El yugo arrastra el arado y le permite trabajar la tierra. Y todo es llevado y tirado por la mansedumbre silenciosa de los bueyes, por su dócil y mansa sumisión. ¡Es impresionante la mansedumbre de los bueyes si se la compara con la potencia de su mole física!

Jesús se dejó inspirar por todo esto para hablarnos de la cosa más sublime que el hombre ha recibido de Dios y a su imagen: la libertad, la libertad en acción, y la libertad liberada, redimida por la cruz de Cristo, por el yugo de Cristo que es su obediencia dócil al Padre, su obrar en comunión con el Padre en el amor del Espíritu Santo.

Jesús, haciéndose hombre, aceptó Él el primero no vivir por sí solo su libertad divina. Sino que ya en la Trinidad, ninguna persona divina quiere vivir una libertad aislada, autónoma. En Dios mismo, la libertad quiere ser solo una libertad de comunión, y por lo tanto, una libertad obediente. En Dios mismo, cada persona es libre en la pertenencia recíproca de los Corazones. Tener el corazón cautivo por el otro con libertad es la definición trinitaria, es decir, cristiana, del verdadero amor.

Pero se necesita un corazón manso y humilde, es decir, un corazón pobre, para aceptar que mi libertad sea el fruto de una liberación, que yo no pueda ser libre por mí mismo, sin Otro que me libera de verdad, sin la libertad de Dios, la libertad paradójicamente obediente de Dios y en Dios. Por esto, Cristo dice que para elegir la libertad del corazón necesitamos aprender de Él, manso y humilde de corazón. Nuestro corazón necesita aprender del Corazón de Cristo la verdadera libertad, la libertad de los humildes y de los mansos que no se resisten a pertenecer a Aquel que nos hace, que nos hace libres. Que no se resisten a ser prisioneros por la Libertad divina que nos hace, que nos ama, que nos libera. El corazón humilde reconoce que su libertad es el don de Otro, es creación de Otro, y que la libertad humana no vive, no es ella misma sin comunión con Aquel que la crea.

### **Liberados por el prisionero**

Hay una clase de personas que en el Evangelio han tenido una experiencia paradójica de liberación; paradójica porque es obrada por Aquel que debían hacer prisionero, por Aquel al que ellos tenían que quitar la libertad. Es la experiencia, descrita en el capítulo 7 del evangelio de San Juan, de los guardias que los jefes de los Judíos mandaron para arrestar a Jesús. Estos guardias van a cumplir su misión, una de tantas, como cuando eran enviados para arrestar un ladrón, un asesino, o cualquier persona que infringía la ley. Llegan cerca de Jesús que está hablando rodeado por la multitud. Dudan un poco, no se atreven a intervenir rápidamente, a lanzarse de improviso, sino que se detienen para valorar la situación, para ver cuál es el mejor momento para arrestarlo sin crear disturbios. De hecho, discuten brevemente entre ellos, en voz baja, buscando no ser vistos. Mientras Jesús habla. ¿Quién sabe lo que estaba diciendo? Quizá una parábola, o respondía a las preguntas de los que estaban más cerca de Él. O quizá hablaba de la bondad del Padre, o de su propia misión. Lo que es cierto es que Jesús estaba evangelizando, expresaba la verdad que había venido a traer al mundo, se expresaba a sí mismo, la verdad y la belleza del Verbo de Dios. Y esto es lo que estos soldados, que probablemente no le habían visto jamás ni escuchado de cerca, que seguramente jamás se habían interesado por el Nazareno, que ni siquiera eran especialmente religiosos, sienten que algo sucede en su corazón; se sienten invadidos por algo, cautivos por un sentimiento misterioso, jamás experimentado antes. No sé cuántos serían, estos guardias de los jefes de los Judíos, pero seguramente eran número significativo, porque los Judíos sabían que para arrestar a Jesús en medio de la multitud se requería una pequeña tropa de hombres fuertes y decididos.

Y he aquí que todos ellos, sin excepción, escuchando a Jesús, tienen la misma experiencia interior. Sin que se hablen entre ellos, sin darse cuenta, se encuentran como un solo hombre volviendo a los jefes con las manos vacías, sin ni siquiera intentar arrestar a Jesús, aún más: olvidándose que tenían que arrestar a Jesús.

Escribe Juan: Los guardias regresaron a los jefes de los sacerdotes y de los fariseos y estos les dijeron: «“¿Por qué no lo habéis traído aquí?” Respondieron los guardias: “¡Jamás un hombre ha hablado así!”» (Jn 7, 45-46)

No dicen: No ha sido posible, era demasiado arriesgado, nos arriesgábamos a levantar una rebelión... No, de hecho no piensan en su misión, en la seguridad, en la política. Repiten, como hipnotizados, sin prestar atención a sus jefes: “¡Jamás un hombre ha hablado así!” Se lo dicen a los jefes, pero también se lo dirán a sus mujeres, a sus amigos, al pescadero, a todos sin distinción.

¿Qué ha pasado? Que la fascinación del Verbo de Dios, la fascinación de Cristo, tan nueva como misteriosa, ha tocado la humanidad de estos guardias, hombres ciertamente no preparados para hacer disquisiciones de teología, de Ley, de filosofía. Eran verdaderamente, como dicen los fariseos poco después, “gente que no conoce la Ley”, gente “maldita” (Jn 7, 49). Pero el Verbo de Dios, la palabra de Cristo, toca el corazón del hombre y lo hace capaz de tomar una posición que obedece más al asombro del corazón que a la constricción de la Ley y de las leyes. De por sí, la policía no tiene derecho a escuchar los sentimientos del corazón, a escuchar las intuiciones profundas: sencillamente tiene que cumplir con su deber, el deber definido por la autoridad superior. Sin embargo, el asombro de un corazón sencillo, de un corazón sencillamente humano, en el bien y en el mal, frente a Cristo que habla a la libertad, que despierta la libertad con la fascinación de la verdad, con la belleza de la verdad, con la bondad de la verdad que expresa, el asombro de un corazón humano no puede resistir a dejarse determinar por esta experiencia que da todo lo demás. No hay deber que pueda determinar el corazón más que la fascinación de Cristo y de su palabra, más que la fascinación del misterio que alcanza al hombre.

### **La autoridad de la experiencia del corazón**

Este episodio demuestra que la única autoridad que respeta verdaderamente la libertad del hombre es la de la *experiencia*, de aquello que acontece y que por lo tanto, el corazón experimenta; y la palabra de Jesús, la presencia de Jesús que habla, que mira, que sonrío o está serio, es pura experiencia del corazón, es experiencia directa del corazón, y por lo tanto, suprema autoridad que mueve la libertad, que atrae y coge la libertad sin anularla, aún más: exaltándola como ninguna otra experiencia.

Ante la palabra de Cristo, la libertad se somete libremente, sigue libremente, se inclina libremente, y en este hecho la libertad se afirma, es, vive, es libre, es ella misma.

¡Pensad! Estos hombres que estaban prisioneros de su deber de *anular la libertad de Cristo*, regresan a los fariseos como del revés. La libertad de Cristo los ha liberado, liberado de la constricción de tener que anular la libertad de Cristo. Porque escuchando a Jesús, puestos ante la autoridad de Jesús, única, inédita, original –“¡Jamás un hombre ha hablado así!”–, estos hombres perciben *en Cristo el origen de su libertad*, una libertad jamás imaginada: *La libertad de ser movidos, determinados, por la experiencia de verdad y belleza de su corazón en el encuentro con Jesús*.

En el fondo, estos hombres ciertamente toscos, tienen una experiencia afectiva de Jesucristo. Su palabra les fascina como la experiencia de un enamorado. Ya no son libres para negarlo, para ir en contra de este sentimiento. No pueden ir contra Jesús porque sería como ir contra su propio corazón. No pueden arrestar a Jesús, porque sería como arrestar la libertad de su corazón. Estos hombres están apresados por la libertad de Cristo, prisioneros por la libertad de Cristo, porque su libertad está garantizada ya solo por Él, proviene de Él, brota de su Libertad, como el río de la fuente.

¡Os imagináis qué libertad nueva e inaudita han expresado estos guardias! Después de haber obedecido durante años, sin discutir, a todas las órdenes, incluso a las más crueles y mezquinas de sus jefes, a la autoridad sacrosanta de los sacerdotes del Templo y de los fariseos, ahora vuelven de esta misión que debía anular el acontecimiento de Cristo con la libre desfachatez de decir a los sacerdotes: “¡Nadie jamás, y por tanto, ni siquiera vosotros sacerdotes, escribas y fariseos, nadie jamás ha hablado como habla Él, como nos ha hablado Él, como ha hablado Él a nuestro corazón!”

El autoritarismo busca siempre imponerse teóricamente, no transmite experiencia, no deja a la libertad el espacio de la experiencia. El autoritarismo pretende que la libertad se quede a un lado sin expresarse, que calle, que se anule. Sin embargo, la verdadera autoridad transmite a la libertad la propuesta de una experiencia. La autoridad verdadera es tradición, es decir, transmisión de una experiencia. No solo transmisión de leyes y dogmas, sino transmisión de una experiencia capaz de verdad, de justicia, de belleza que despierta, alimenta y afirma la libertad del corazón. Toda verdadera cultura transmite una experiencia; no solo ideas e ideologías, sino experiencia del valor que une un pueblo en la libertad de pertenecer al Infinito.

### **Un corazón más poderoso que el César**

La libertad de Cristo es la garantía de que no se puede suprimir la libertad del hombre, porque nada puede anular la libertad de Cristo, ni siquiera la muerte. Cuando otros guardias arresten efectivamente a Jesús, cuando Jesús sea atado, aprisionado, procesado, maltratado, escarnecido, humillado, cuando sea negada su libertad pisoteada por los hombres hasta el punto de privarlo de la vida, antes aún de revelar su total libertad de la muerte con la resurrección, precisamente entonces otro guardia, un centurión romano, que ya había seguido hasta el fondo la misión de suprimir la libertad y la vida de Jesús, gritará una confesión inaudita del misterio de Cristo: «El centurión, que se encontraba ante Él, viéndolo morir de aquel modo dijo: “¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!”» (Mc 15, 39)

También él, viendo a Jesús morir de aquel modo, viendo a Jesús dar la vida por el mundo, viendo la máxima expresión de la libertad de Cristo –porque la muerte de Jesús fue un acto totalmente libre–, también él teniendo experiencia de esto no pudo contener el grito de su corazón aferrado por la fascinación del Misterio pascual, el grito de la confesión de la divinidad de aquel Hombre. Y, también él, expresó de este modo una libertad inaudita, que desafiaba y vencía no solo a los sacerdotes y los fariseos, sino por añadidura al César, su emperador, que se hacía divino.

El centurión fue el primero que experimentó que la libertad suprema del corazón es la fe en Cristo, Hijo de Dios, muerto y resucitado; la fe en el amor infinito que salva y libera al mundo entero.

Cautivado por la fe en la caridad de Cristo, vista, experimentada en la paradoja de la Cruz, el centurión fue invadido por la libertad por la que incluso un pequeño y miserable corazón humano, cuando es apesado por Cristo, por el amor de Cristo, se hace capaz de vencer y dominar a todos los jefes del mundo.

### **El secreto de la libertad: pertenecer**

Por esto, en toda la historia de la Iglesia, quien ha educado verdaderamente en la libertad del corazón es quien ha enseñado a pertenecer, a pertenecer a Cristo en la compañía de su Cuerpo, a pertenecer en el deseo de crecer precisamente en la libertad del corazón. Porque la libertad del corazón significa también, y quizá ante todo, ser libres de sí mismos, del replegarse sobre sí.

Es en este sentido, en el que san Benito insiste en la obediencia a una comunidad guiada por un abad, justamente como camino de libertad del corazón. Al comienzo de su Regla, la Regla monástica que a través de los monasterios ha dado raíces vivas, cristianas y humanas, a la civilización europea, san Benito es consciente de que el camino de pertenencia que propone no es un camino fácil, porque la libertad, desde el pecado original, tiene un movimiento instintivo de rebelión con respecto a la pertenencia; cree poder ser libre si se determina solamente por sí misma, como si la libertad fuese en nosotros un fin en sí misma, como si el fin de la libertad fuese solo la libertad. Entonces, san Benito pide a quien entra en el monasterio tener fe en su experiencia, en la experiencia de liberación que él mismo ha tenido a través de un camino que ha educado su libertad para pertenecer. ¿Y por qué es una liberación este camino? Porque es de este modo como la libertad aprende y tiene experiencia de su verdadero fin, de la finalidad para la que nos ha sido dada por Dios. *Este fin es el amor, este fin es la caridad.* Solo la caridad lleva a cumplimiento la libertad, le da plenitud, la plenitud de la libertad.

Escribe san Benito en el Prólogo de la Regla: “A medida que se avanza en el camino de la vida monástica y en la fe, se corre por el camino de los mandamientos del Señor con el corazón dilatado por la dulzura del amor. Y de este modo, sin alejarnos nunca de su enseñanza, y viviendo en el monasterio firmes en su doctrina hasta la muerte, participaremos mediante la paciencia en la pasión de Cristo para llegar a tener parte con Él en su Reino” (Pról. 49-50).

Pero san Benito quiere que sus monjes no se detengan a mitad de este camino de liberación. Incluso la obediencia, incluso la pertenencia, no son un fin en sí mismas, sino que deben conducir a la plenitud de un amor que liga el corazón en cuanto amor; un amor en el que Cristo, y Cristo en todos y en todo, sea al mismo tiempo la fuente y el fin de la libertad. En efecto, la libertad del hombre es un río que transcurre entre la fuente y el mar del amor de Dios.

A propósito de esto, hay un episodio significativo y paradigmático en la vida de san Benito relatada por Gregorio Magno en sus *Diálogos*. Un eremita del monte Marsico, de nombre Martín, «apenas llegó al monte (...) se ató un pie a una cadena de hierro cuyo otro extremo fijó a una roca, de modo que no podía alejarse más de lo que le permitía la largura de la cadena. Teniendo noticia de esto el venerable Benito (...) le envió recado a través de uno de sus discípulos: “Si eres siervo de Dios, que lo que te ate no sea una cadena de hierro, sino la cadena de Cristo”. Ante estas palabras, Martín se liberó inmediatamente de la cadena de hierro, sin embargo, con el pie liberado no se alejó de allí más de lo que hacía de costumbre cuando lo tenía atado, manteniéndose sin cadena dentro del mismo espacio restringido de antes, cuando estaba unido a ella...» (*Diálogos* III, 16).

Podríamos resumir todo esto con un magnífico versículo del salmo 115: “Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava; ¡rompiste mis cadenas!” (115, 16)

Esta es la libertad de los hijos de Dios, una libertad liberada, una libertad dada, una libertad pascual, una libertad atada, presa por la Pasión de Cristo y por la pasión por Cristo que en su libertad totalmente amante se ha hecho esclavo para dar su vida por nosotros.